

Madrid, 8 de mayo de 1977

Profesor D. José Ferrater Mora
Madrid

Estimado profesor Ferrater:

Alfredo Deaño acaba de causarme una de las mayores sorpresas de mi vida al decirme que tenía usted la intención de incluirme en la próxima edición del Diccionario de filosofía: ser considerado filósofo, (y por alguien de tan vasto y penetrante saber en estas cosas) ~~me~~ tras haber luchado toda la vida con la tentación de intentar serlo es, desde luego, enteramente inesperado.

Una vez repuesto del desconcierto inicial he estado a punto de escribirle indicándole sin ambages que no puedo sino desaconsejar tal inclusión, dada mi lejanía a todo tipo de pensar que pueda considerarse filosófico. Aún -decía yo-, si proyectasen mi inclusión en la sección biográfica de un diccionario que (mirando con extrema caridad intelectual a los habitantes de esta desdichada nación) se ocupase de una ciencia, como ...; pero, ni ejercitando conmigo la máxima benevolencia (como la que indudablemente han instilado en usted amigos tan cariñosos como Javier Muguerza o el propio Deaño, a los que no puedo creer ajenos a esta "recuperación" mía), ni forzado por la necesidad de encontrar algún estudioso aborigen, habrá nadie, creo, que pueda incluirme seriamente en campo del saber alguno científico: mi paso por la sociología fue velozísimo y, por supuesto, completamente superficial; de la teoría de la ciencia no he pasado de traductor y -como de tantas otras cosas- lector curioso, y en la lingüística constituyo, sin duda, un caso típico de aficionado.

¿Puede esta incapacidad para detenerse seriamente en los problemas concretos de una esfera científica tomarse como indicio de talante filosófico? Sinceramente, creo que no. Sin embargo, tampoco quiero que la natural reacción contra la halagada aquiescencia que suscita una elección semejante vaya más allá de lo que sea justo: aunque me parece que la sucesión de ideas que me ha ido pasando por la cabeza desde que comencé tener alguna capacidad reflexiva sólo puede servir, a lo sumo, como muestra del tipo de intereses y ocurrencias que es fácil que tengan y hayan tenido las personas de cierta inclinación científica y sometidas a influencias intelectuales como las que me han marcado, y en modo alguno para calificarme mínimamente como pensador propio, reconozco ser malísimo juez en estas cosas (ante todo, por el mismo recelo con que veo el pensamiento filosófico, para mí la tentación de entretenerme en largas disquisiciones irresponsables frente a las cosas de que más o menos eruditamente se ocupen). En fin, que no veo otro modo de desengañarle, o acaso

de confirmarle en su benévolo prejuicio (cosa harto improbable, repito), que, siguiendo lo que me indicó Deaño, trazar un breve esquema de mis intereses intelectuales. Haga usted el uso que quiera de él.

Mi manifiesta inclinación desde la infancia a las ciencias de la naturaleza (sin duda radicada en parte en lo hiriente que, como niño tímido, me era el trato con los demás) encontró en la adolescencia un modelo de penetración racional y desmontadora de beatarías - lo que hemos de sufrir desde hace muchos años que monótonamente se llame, tratése de lo que se trate, desmitificación- en las obras del Ortega maduro y, entre las últimas, en su Leibniz. (Como es comprensible, nunca me inspiraron el menor entusiasmo ni la España invertebrada ni la rebelión de las masas.) Poco antes de la veintena, varios amigos (el poeta Valverde, Miguel Sánchez Mazas, Francisco Pérez Navarro -amigo íntimo y compañero de estudios de Sánchez Mazas que, con su entusiasmo por la "nueva física", tiraba de todos nosotros hacia las cuestiones epistemológicas, por más que fuese a la Eddington- y algunos otros más, como Paco Soler -que luego, tras sentarse a los pies de Marías, se fue a Chile-, Eva Forest y, ocasionalmente, José Luis Pinillos) empezamos a reunirnos los sábados para hablar de filosofía y leer las grandes obras actuales, o que así nos parecían. Abandonados casi desde el segundo día -y no me corro, como decía Vallejo- por Valverde, y de hecho, por más que siempre prometiera su asistencia, sin la compañía de Sánchez Mazas, recalamos pronto en Heidegger, que por entonces (hacia 1945 o 1946) no estaba traducido al castellano fuera de Ser y tiempo; durante tres o cuatro años lo leímos trabajosamente, nos empapamos de él y creímos ser grandes filósofos.

No sé bien cómo fui poco a poco desaparegándome a las elucubraciones de aquel género; probablemente influyó en ello mi ausencia durante un curso o dos de la "Universidad libre de Garmbrin" (donde habíamos asentado nuestra clase sabatina), cursos en los que los docentes-discentes leyeron El ser y la nada y algunas otras cosas que mi obediencia de entonces a los ignoros y pretenciosos curas que, aprovechándose de su condición de confesores, prohibían y recomendaban lecturas me impedía conocer; y también el descubrimiento que Rafael Sánchez Ferlosio y yo hicimos de la obra de Bühler (me refiero, naturalmente, a la traducción de Marías), que me llevó a leer algunas otras cosas sobre el lenguaje, entre ellas un librito sobre Psicología del lenguaje que me fascinó, especialmente por sus noticias (de Gelb y de Goldstein) sobre las afasias traumáticas, y su índole conceptual -categorial, como allí se decía-. Esto último me puso de nuevo sobre la pista de mi vieja afición a la biología, que había ido quedándose algo mortecina, ante la portentosa máquina de fuegos artificiales, que chisporroteaba a la vez sobre la realidad más en bruto y sobre su transfiguración cognoscitiva, de la "física moderna".

Lecturas de todo tipo, de lógica, matemáticas, novísima literatura francesa y -algo menos novísima- inglesa y norteamericana, biología y lingüística, se fueron alternando, en el escaso tiempo que mi profesión de ingeniero me dejaba libre, con otras aficiones (la conversación, con Sánchez Ferlosio y su mujer, principalmente, la fotografía, y alguna otra). Un día, en 1961 si no recuerdo mal, me decidí a soltar el lastre de aquella profesión que me había sido extraña desde los años mismos en que empecé a prepararme para ingresar en la Escuela correspondiente, me puse a traducir y, ayudado por una medio beca que me pasaba mi hermano, empecé la carrera de Filosofía. Traduje y estudié un poco de lógica (con la que hacía tiempo nos había puesto en contacto a los garmbrinenses un amigo de Miguel Sánchez Mazas, argentino, que no sé como apareció por allí),

Zubiri,

traduje a Popper y, venciendo la antipatía que siempre me habían inspirado (bebida en Ortega, Scheler, Husserl, el propio Goldstein y, luego, Merleau-Ponty-, leí un poco a los neopositivistas. (Eran unos pedos, erraban de medio a medio, pero no dejaba de ser instructiva su lectura.)

A todo esto, las traducciones me habían hecho adquirir cierto prestigio de entendido en lógica y en filosofía de la ciencia. (Cosas increíbles que ocurren en España.) Pero el azar de participar en un seminario con Agustín García Salvo poco después de que Otero me obligase a revisar la primera impresión -enteramente distorsionada- que había sacado de la lectura de *Syntactic Structures* me llevó a bucear a fondo en la gramática generativa y a interesarme cada vez más por el lenguaje y su análisis metodológicamente consciente. Así es que, a la vez que el trato directo con Platón, Aristóteles, Descartes, Kant y algunos otros clásicos (a Hegel no lo he podido sufrir hasta ahora, aunque no pierdo del todo la esperanza de sorbérmelo alguna vez: por ejemplo, durante alguna enfermedad larga, la rotura de un miembro) me hacía sonreírme pensando en mis suficiencias anteriores, que repasaba displicentemente unos pocos "analíticos" que me habían caído entre las manos, trataba denodadamente de incorporarme el nascente saber lingüístico heredado de Chomsky; afán que subió de punto (y adquirió cierta delectación) cuando descubrí que también podía estudiarse el significado en tan excelsísima y rigurosa disciplina (Weinreich, más que Fodor y Katz, fue quien me proporcionó tales solaces).

Pronto, sin embargo, me planteé la cuestión de qué podría hacer yo en semejantes estudios: ¿iba a poder avanzar más rápidamente que ellos, los lingüistas que habían inventado la cosa y que seguían desarrollándola febrilmente (y eso que no sabía yo aún hasta qué punto esto último era vertiginosa verdad)? Indudablemente, no. Miré y miré por todos lados, y me di cuenta de que estaba (sin tratar enteramente) (por las noticias que yo tenía) el lenguaje como actividad humana, inserta en un entorno físico y social y ligada a actividades verbales anteriores y subsecuentes. Así, por medio de una deliberación plenamente razonada, es como he llegado a ocuparme de eso que llamo la praxiología lingüística; y eso es lo que hace que la mire con cierta distancia y que, en el fondo, lo que me atraiga sea, so pretexto de adquirir un sólido conocimiento de las investigaciones que podrían ser de importancia para ella, enterarme de hechos, teorías y posibilidades impensadas, tener que rastrear todo lo que se escriba de filosofía, de biología, teoría de la ciencia y de lingüística, de psicología y simulación informática de la memoria y la inteligencia; aprehender, en suma, todas (¡) las conexiones ocultas que hayan ido descubriéndose o conjeturándose en la realidad física y humana (pero en abstracto, nunca por el embrutecedor trato directo), en su ^{inimaginable} ~~irresistible~~ pero irresistible, mágico punto de contacto.

Creo que lo que siempre me ha atraído, de muy diversas formas, es el intento de enlazar lo aparentemente inconciliable; quiero decir, como en mis años de fe cristiana quería que ésta diese de sí ~~unas~~ raíces que habrían de alimentar la exploración razonante de la realidad, de toda la realidad, y luego intentaba compaginar una postura fundamental budista (o lo que así me parecía) con mi pasión racionalizadora (siempre sin renunciar a un ápice de ninguno de los dos polos, tratando de que ambos mostrasen su unidad a fuerza de profundizar en cada uno de ellos), después he buscado la verdad de la lógica en la psicología, la de ésta en su reconstrucción sociológica, la de ~~ambas~~ ^{las dos últimas} en la biología y la de los procesos biológicos en las relaciones abstractas, inimaginables pero a la vez sin otra existencia "real" que la de ser pensadas, esquematizadas por la inteligencia, que estudia, en último término y de forma brutalmente simplificada, la física.

Termino mi profession de foi du philosophe madrilène. No sé cuánto tiempo me durará la inclinación que siento hacia el análisis de la actividad lingüística; me parece dudoso que logre desentrañar verdaderamente la mínima zona de fricción entre nuestra constitución corporal en ejercicio y los procesos de la realidad que la rodea de que depende nuestro saber más inmediato y el más discursivo. Con todo, por ahora pienso seguir ocupándome de tales cosas: las posibilidades de una iluminación intelectual, aunque escasas, son para mí, hoy por hoy, irresistibles(y tampoco por ningún otro lugar podría contar con noticias como las que he ido acumulando en este campo a lo largo de años: una razón pragmática, pues, la de que en otro sitio aún me encontraría más lejano a todo atisbo de penetración lúcida, me empuja).

Bien, profesor Ferrater; tengo que pedirle disculpas por todo este anecdótico terminado en anhelos cuasi misticoides. Ya le dije al principio que pocas posibilidades había de que siguiera considerándome como biografiante tras saber algo de mi trayectoria. Confío en que, como tipo promedio de "intelectual" crecido en el franquismo, algo pueda valer esta historia mía. Y con esa buena voluntad se la brindo amistosamente, agradecido a su inmerecidísimo interés.

Un cordial saludo de



Víctor Sánchez de Zavala

P.D. Para disipar toda última sospecha que pudiera quedarle de actitud obstruccionista por mi parte, voy a darle algunos datos.

En Enseñar y aprender (Madrid: Península, 1965), al hilo de una protesta contra la suposición usual de que la segunda de esas actividades necesita de la primera, sacaba como podía a luz todas mis revueltas y enmarañadas ideas de entonces sobre la sociedad -a la que miraba de un modo bastante organicista-, el lenguaje, el significado y algunas otras cosas cercanas a todo ello.

Mi único trabajo sobre metodología de la ciencia en general es "Sobre las ciencias de 'complexos'" (1968), presentado en el congresillo que se celebró en Burgos en aquel año en torno a Popper. Allí trataba de demostrar que hay algunas ciencias a las que no es posible aplicar las normas popperianas de 1934+1959 (o, al menos, sólo cabe hacerlo de manera restringida). (Incidentalmente, lo que yo llamaba "complexos" eran aproximadamente los sistemas en el sentido de Von Bertalanffy y compañía, como pude averiguar después; quizá el único interés de lo que yo decía pudiera residir en que el carácter de 'complexo' no lo vea como

algo asignable de una vez para siempre, sino como dependiente del estado de la teoría -de la esfera correspondiente de fenómenos- en cada momento.) Se publicó en Seminario de Burgos, Ensayos de filosofía de la ciencia en torno a la obra de Sir Karl R. Popper (Madrid: Tecnos, 1970), pp. 29-63, y lo recogí luego en Hacia una epistemología del lenguaje: cuatro ensayos (Madrid: Alianza, 1972), pp. 19-44, con algunas leves correcciones tipográficas.

Aunque incluía (de un modo bastante confuso) la lingüística entre las ciencias de "complexos" en 1968, puede decirse que el primer trabajo en que me ocupé específicamente de sus peculiaridades metodológicas (en concreto, de las de la generativo-transformatoria) fue "Problemas metodológicos de la lingüística" que presenté al XI Congreso de Filósofos Jóvenes (1), en el otoño de 1974, y que desde entonces está esperando publicación, prometida reiteradamente por Javier Muguerza; aquel mismo año, presenté en diciembre a un Congreso de la Sociedad Española de Lingüística la comunicación "Unidades, constricciones y límites de la lingüística transformatoria", en la que desarrollaba la idea de que la indisolubilidad de las hipótesis sustantivas y el mecanicismo deductivo que emplea el generativismo es la raíz de las dificultades que encuentra como ciencia empírica. (Creo recordar que he vuelto sobre ello en el prefacio, de 1975, a mi antología Semántica y sintaxis en la lingüística transformatoria, II: Algunos temas y planteamientos nuevos; Madrid: Alianza, 1976.)

Los primeros intentos de bosquejar una prototeoría de la actividad lingüística, acompañados de un rechazo de la dicotomía entre competencia y actuación en el sentido de Chomsky y, sobre todo, de la presunta unicidad de la competencia, son de 1970; aparecen en la memoria que redacté en la primavera de aquel año como justificación de lo investigado con cargo a una beca que me había concedido el Ministerio llamado de Educación; están recogidos, resumidamente, en "Perspectivas actuales de una praxiología lingüística", publicado escrito en 1971 y en F. Gracia (comp.), Presentación del lenguaje (Madrid: Taurus, 1972), pp. 333-75. También di cuenta de ellos en una charla que di en Barcelona, en algo presuntuosamente llamado 1er Congreso Nacional de Comunicación Humana y Ecológica (¡ahí es nada!), con el título de "Un esquema de la comunicación verbal"; y, con los primeros atisbos de que el problema austiniano de las fuerzas illocutivas sólo puede resolverse desde el punto de vista de la acción humana, forman el cuerpo de Indagaciones praxiológicas : sobre la actividad lingüística (Madrid: Siglo XXI, 1973).

Los vislumbres a que acabo de aludir reaparecen en una comunicación que (sin pena ni gloria) presenté al 1er congreso de la Association Internationale de Sémiotique/International Association for Semiotic Studies, celebrado en Milán en 1974, bajo la rúbrica de "Semiotic foundations of illocutive acts" (naturalmente, debería haber dicho "illocutionary"), y han terminado por llevar a una reconstrucción esquemática uniforme de dichos actos (los llamados illocutivos) y de los locutivos (o, mejor, réticos -¡o es fáticos!-, en el sentido de Austin) que apunto en la memoria final que presenté en abril de 1976 a la Fundación March, por una beca de investigación que me habían concedido para el curso 1974-75.

Recojo dicho esquema uniforme en la tesis que voy a leer el próximo mes de junio ("Bases praxiológicas para una psicolingüística", dirigida por Pinillos), donde también despunta otra idea nueva (para mí, quiero decir): la de que el significado lingüístico -de intervenciones verbales semánticamente "completas", no de morfemas ni de palabras desgajadas de su entorno- consiste en una rearticulación de posibles actuaciones humanas

que se propone o presenta como tal posibilidad; dicho de otro modo (si cabe, aún menos claro que el anterior, pero para af más sugerente, en sentido literal: se sugiere otras cosas), se encuentra en el ámbito de las finalidades, no en el de las realidades.

Y no puedo decirle más, porque en éstas me encuentro; de aquí a junio quisiera puntualizar algo todas estas vaguedades, convirtiéndolas en una teoría, o siquiera en una aproximación a ella. Un saludo.

4777